



LAS COMIDAS DE JESÚS

Un tema importante en la vida de Jesús fueron sus comidas. Jesús comió habitualmente con publicanos, pecadores y prostitutas. Las comidas de Jesús con estos marginados son también **signo del Reino de los Cielos**. Podemos decir que esas comidas de Jesús son una parábola realizada, una **parábola viva**, en lugar de una parábola narrada. Las comidas de Jesús son la imagen del banquete celestial y, por tanto, anuncio de la llegada inminente del Reino de Dios. A ese Reino de Dios están llamados todos, preferentemente los pobres, los marginados, las prostitutas, los publicanos, etc. Así pues, Jesús hace ya presente ese Reino, que predica como inminente, cuando come con todos aquellos que están dejados de la mano de Dios. Comiendo con los marginados, Jesús muestra el amor incondicionado de Dios, hasta el punto de que ellos son los preferidos de Dios, pues *“los publicanos y las prostitutas os precederán en el Reino de los Cielos”* (Mt 21, 31). [...].

La razón de este comportamiento novedoso de Jesús hay que buscarla en el **espíritu del Antiguo Testamento**, donde el Reino de Dios se vislumbra, en los profetas, bajo la imagen de un banquete preparado *“para todos los pueblos en el monte Sión: un festín de suculentos manjares, un festín de vinos generosos, de manjares grasos y tiernos, de vinos generosos clarificados”* (Is 25, 6). Jesús utilizará en diversas parábolas este símil del convite escatológico, como expresión del Reino de Dios, subrayando al máximo aquel **universalismo** destacado ya por Isaías. Las novedades importantes de las comidas de Jesús son las siguientes: que el Reino se presenta no sólo como promesa de un futuro, sino como **realidad anticipada ya** bajo el signo de la comida festiva, en la cotidianidad de la existencia misma; y, también, que **en ellas participan los pecadores**: son un signo de la acogida gratuita y generosa de Dios para con los pecadores y, por ello, signo concreto de gracia y de alianza nueva, de presencia del Reino de Dios.

Entre los principales momentos en que Jesús invitó a una comida se cuentan la **multiplicación de los panes** y la **última cena**. Esta última, sin duda la más importante, es la última comida de Jesús (Lc 22, 14-20), en la que él, ante su muerte inminente, prevista y asumida, se despidió de los pocos que todavía creían en su anuncio y le seguían –porque la mayoría, a estas alturas, ya le habían abandonado, al ver que, en lugar de un reino, se les venía encima una persecución–, dicién-

COMUNIÓN DE MESA, COMUNIÓN DE VIDA



Para el judaísmo, como para todos los pueblos orientales, la comensalidad, el acoger a una persona e invitarle a la propia mesa es una muestra de respeto. Y significa una oferta de paz, de confianza, de fraternidad y de perdón. En una palabra: la comunión de mesa es comunión de vida. Pero la comunión de mesa tenía en el judaísmo, además, cierto carácter religioso e implicaba una comunión también con la divinidad, porque todo comensal, al participar del pan, participaba asimismo de la bendición a Dios que el dueño de la casa pronunciaba al iniciarse la comida festiva.

do: “ya no beberé más del fruto de la vid hasta que lo beba en el Reino de mi Padre”. Con ello, Jesús ofrecía su vida en servicio al Reino por él anunciado.

La **Eucaristía** es para los cristianos la reiteración de esa comida última de Jesús. Es su memorial, precisamente porque en ese banquete tenemos la **quintaesencia de lo que fue su mensaje y su vida**. Lo esencial de su mensaje quedó plasmado en la Eucaristía, porque con sus comidas, de las que nadie era excluido –al contrario de lo que ocurría en la comunidad escatológica y santa de Qumran, o en los círculos fariseos cumplidores de la ley–, Jesús mostraba cómo era Dios, que acoge en su amor a todos, también a los pecadores. La quintaesencia de su vida fue el haber estado entregada al anuncio del amor incondicionado de Dios, anuncio que de tal manera las estructuras del pecado del mundo no pueden soportar que le costó la vida.

Resumiendo, las comidas sintetizan en buena parte los restantes signos del reino: las parábolas y los milagros. El banquete, aparte de ser un hecho con entidad propia en la vida y actuación de Jesús, aparece también en el evangelio bajo la forma de parábola (las parábolas del banquete) y bajo la forma de milagro (la multiplicación de los panes). **El convite expresa** así de la forma más plástica **todo lo que el Reino implica no sólo de salvación, gracia y reconciliación provenientes de Dios, sino también de comunión y fraternidad humanas en torno a la persona de Jesús** como centro de una nueva humanidad. De este modo, las comidas vienen a ser la mejor expresión de la misión y e el mensaje de Jesús.

“COMILÓN Y BORRACHO”



Frente a Juan el Bautista, “que no comía ni bebía” (Mt 11, 18; Mc 1, 6) y cuyos discípulos ayunaban (Mc 2, 16-22) –en actitud coherente con el ajusto mensaje del juicio divino que el Precursor proclamaba–, Jesús aparece en los evangelios participando con frecuencia en banquetes, hasta tal punto que sus adversarios llegan a acusarle de ser “un comilón y un bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores” (Mt 11, 19; Lc 7, 34). Esta acusación, tan injuriosa para Jesús, que los evangelios nos conservan, responde sin duda a la realidad histórica, ya que es impensable que pueda haber tenido su origen en el ámbito de la primera comunidad cristiana.

Fuentes:

- J.-R. BUSTO SAIZ, *Cristología para empezar*, Sal Terrae, Madrid ¹⁰1991, 61-63.
- M. GESTEIRA, *La Eucaristía, misterio de comunión*, Sígueme, Salamanca ⁵²2006, 24-29.

